

LA CASA DEL SECRETO

Hacia mediados del siglo último, un presidente de sala en el Parlamento de París tenía una querida, y queriendo ocultarla, porque en aquella época los grandes señores manifestaban sus queridas y los pequeños las ocultaban, hizo construir «una casita» en el arrabal de San Germán, en la calle desierta de Blomet, que hoy se llama Plumet, y no lejos del sitio que se llamaba entonces *La lucha de animales*.

Se componía esta casa de un pabellón de un solo piso; tenía dos salas en el bajo, y dos cuartos en el principal, una cocina en aquél y un gabinete de tocador en éste, y debajo del tejado un granero, precedido todo de un jardín, con una gran verja que daba á la calle. El jardín tenía cerca de media fanega de tierra, y era lo único que los transeuntes podían ver; pero por detrás del pabellón había un patio pequeño, y en el fondo una habitación baja, compuesta de dos piezas sobre la cueva, especie de secreto destinado á ocultar, en caso necesario, un niño y una nodriza. Esta habitación comunicaba por la espalda por medio de una puerta oculta, y que se abría por un secreto, con un largo corredor ó pasadizo, empedrado, tortuoso, á cielo abierto, costado de dos altas pare-

des, que oculto por un arte prodigioso, y como perdido entre los límites de los jardines y de los sembrados, cuyos ángulos y vueltas iba siguiendo, terminaba en otra puerta, también secreta, que se abría á medio cuarto de legua de allí, casi en otro barrio, á la extremidad solitaria de la calle de Babilonia.

El señor presidente entraba por allí; de tal modo, que aún los que le hubiesen espiado y seguido, y hubiesen observado que el señor presidente iba todos los días misteriosamente á alguna parte, no habrían sospechado que ir á la calle de Babilonia, era ir á la calle Blomet. Por medio de hábiles compras de terreno, el ingenioso magistrado había podido hacer este trabajo de camino secreto en sus posesiones, y, por consiguiente, sin obstáculo. Después había dividido en pequeños trozos, para jardines y huertas, los terrenos lindantes con el pasadizo, y los propietarios de estos terrenos creían mirar una pared medianera por ambos lados, y no sospechaban ni aún la existencia de aquella vereda, que serpenteaba entre dos paredes por entre sus platabandas y verjeles. Sólo los pájaros veían aquella curiosidad, siendo muy probable que las currucas y calandrias del siglo último charlasen mucho á costa del señor presidente.

El pabellón era de piedra, al estilo Mansard; estaba artesonado y amueblado á la Watteau; rocalla por dentro y peluca por fuera; rodeado de un triple seto de flores; y tenía algo de discreto, de elegante y de solemne, como corresponde á un capricho amoroso de un magistrado.

La casa y el corredor, que han desaparecido ya, existían aún hace una quincena de años. En 1793, un calderero compró la casa para derribarla; pero no habiendo podido pagar el precio, la nación le declaró en quiebra: de modo que la casa fué quien le derri-

bó á él. Después quedó deshabitada, y fué arruinándose lentamente, como todo edificio á que no comunica la vida la presencia del hombre. Había quedado amueblada con los muebles antiguos, y siempre anunciada en venta ó alquiler, y las diez ó doce personas que pasaban al año por la calle Plumet veían este anuncio en un cartel amarillo é ilegible, colgado de la verja del jardín desde 1810.

A fines de la Restauración, estos transeuntes pudieron notar que había desaparecido el escrito, y que estaban abiertos los postigos del primer piso. En efecto, la casa estaba ocupada; las ventanas tenían «cortinillas,» señal de que había una mujer.

En el mes de octubre de 1829, un hombre de alguna edad se había presentado, y había alquilado la casa tal como estaba, incluyendo la habitación de atrás y el pasadizo que terminaba en la calle de Babilonia. Había hecho restaurar las aberturas secretas de las dos puertas de este pasadizo. La casa, como acabamos de decir, tenía casi los mismos muebles antiguos que en tiempo del presidente: el nuevo inquilino había mandado hacer algunas reparaciones, poniendo aquí y allí lo que faltaba, adoquines en el patio, baldosas en los suelos, escalones en la escalera, hojas en el parque y vidrios en las ventanas, y, últimamente, se había instalado allí con una jovencita y una criada vieja, sin ruido alguno, más bien como el que se desvía, que como el que entra en su casa. Los vecinos no murmuraban nada, por la razón de que no los había.

Este inquilino tan silencioso era Juan Valjean, y la joven Cosette. La criada era una solterona, llamada Santos, á quien Juan Valjean había sacado del hospital y de la miseria; era vieja, provinciana y tartamuda; tres cualidades que habían determinado á Juan Valjean á tomarla á su servicio. Había alqui-

lado la casa con el nombre del señor Fauchélevent, rentista. En todo lo que hemos referido anteriormente, el lector habrá tardado menos que Thenardier en conocer á Juan Valjean.

¿Por qué había abandonado Juan Valjean el convento del pequeño Picpus? ¿Qué había sucedido?

Nada había pasado de extraordinario.

El lector recordará que Juan Valjean era feliz en el convento, tan feliz, que su conciencia concluyó por alarmarse. Veía á Cosette todos los días; sentía nacer y desarrollarse en él poco á poco el sentimiento paternal, cubría con su alma aquella niña, y se decía que era suya, que nadie podía quitársela, y que así sería siempre; que Cosette se haría monja, viéndose dulcemente solicitada todos los días, de modo que el convento sería siempre el universo para él y para ella; que él envejecería allí, y ella crecería, y envejecería y moriría; y, por último, ¡consoladora esperanza! que no sería posible ninguna separación. Pero al mismo tiempo que pensaba esto, vino á caer en nuevas perplejidades. Preguntóse á sí mismo, si toda aquella felicidad se componía sólo de su felicidad, ó también de la de otra persona, es decir, de la felicidad de aquella niña de que se apoderaba y á quien confiscaba, él que era un viejo. ¿No era esto un robo?

Se decía que esta niña tenía derecho á conocer el mundo antes de renunciar á él; que privarla de antemano y en cierto modo, sin consultarla, de todos los goces, bajo el pretexto de salvarla de todas las pruebas; aprovecharse de su ignorancia y de su aislamiento para hacer germinar en ella una vocación artificial, sería desnaturalizar una criatura humana, engañar á Dios. ¿Y quién sabe si Cosette, reflexionando algún día sobre todo esto, y viéndose monja á disgusto, no llegaría hasta odiarle? Última idea

casi egoísta y menos noble que las demás, pero que le era insoportable.

Resolvióse, pues, á abandonar el convento.

Se decidió; conoció, aunque con pesar, que era necesario; no tenía objeciones que hacerse. Cinco años de encierro y de desaparición entre aquellas cuatro paredes habían destruído ó dispersado necesariamente los elementos de temor; podía volver tranquilamente á vivir entre los hombres; había envejecido, y estaba desconocido. ¿Quién había de conocerle ahora? Y aún en el peor caso, sólo corría peligro por sí mismo, y no tenía derecho para condenar á Cosette al claustro por la razón de que él había sido condenado á presidio. Por otra parte, ¿qué es el peligro ante el deber? En fin, nada le impedía ser prudente, y tomar sus precauciones.

En cuanto á la educación de Cosette, estaba casi terminada y completa.

Juan Valjean, después de decidirse, sólo esperó una ocasión, y no tardó ésta en presentarse: el tío Fauchélevent murió.

Juan Valjean pidió audiencia á la reverenda priora, y le dijo que habiendo recibido á la muerte de su hermano una modesta herencia que le permitía vivir sin trabajar, pensaba dejar el servicio del convento y llevarse á su nieta; pero que como no era justo que Cosette, no pronunciando el voto, hubiese sido educada gratuitamente, suplicaba humildemente á la reverenda priora le permitiese ofrecer á la comunidad una suma de cinco mil francos, como indemnización de los cinco años que Cosette había pasado en el convento.

Así salió Juan Valjean del convento de la Adoración perpetua.

Al abandonar aquella casa, llevó en sus brazos, sin querer entregarlo á ningún mozo, el baulito,

cuya llave tenía siempre consigo. Aquel baulito traía inquieta á Cosette por el olor embalsamado que despedía.

El baulito no se separó nunca de él; siempre le tenía en su cuarto. Era lo primero, y alguna vez lo único, que trasladaba en sus mudanzas. Cosette se reía, y llamaba al baulito el *inseparable*, diciendo: —Me da celos.

Juan Valjean no salió al aire libre sin experimentar una profunda ansiedad.

Descubrió la casa de la calle Plumet y se quedó con ella; además, estaba en posesión del nombre de Ultimo Fauchelevant.

Al mismo tiempo alquiló otras dos casas en París, con objeto de atraer la atención menos que viviendo siempre en el mismo barrio; de poder ausentarse á la menor inquietud que sintiese, y de no encontrarse desprevenido, como la noche en que se escapó tan milagrosamente de Javert. Estas otras dos casas eran dos edificios feos y de pobre aspecto, en dos barrios muy separados uno de otro; uno en la calle del Oeste, y otro en la del Hombre armado.

Iba de cuando en cuando, ya á la calle del Hombre armado, ya á la del Oeste, á pasar un mes ó seis semanas con Cosette, sin llevar á la tía Santos. Le servían los porteros, y pasaba por un rentista de las cercanías que tenía un apeadero en la ciudad. Aquella gran virtud tenía tres casas en París para huir de la policía.

II

JUAN VALJEAN GUARDIA NACIONAL

Por lo demás, y hablando en rigor, vivía en la calle Plumet, donde había arreglado su existencia del modo siguiente:

Cosette con la criada ocupaba el pabellón, tenía la alcoba principal con los entrepaños pintados, el gabinete de las molduras doradas, el salón del presidente, adornado de tapicería y de grandes sillones, y el jardín. Juan Valjean había mandado poner en el cuarto de Cosette una cama, con pabellón de damasco antiguo de tres colores, y una hermosa alfombra de Persia, antigua también, comprada en la calle de Figuier-Saint-Paul, en casa de la tía Gaucher; y para evitar la severidad de estas magníficas antigüedades, había combinado con esta prendería todos los muebles graciosos y elegantes de las jóvenes, el tocador, la biblioteca, los libros dorados, la papelera, el costurero incrustado de nácar, el neceser sobredorado y la palangana de porcelana del Japón. Grandes cortinones de damasco de fondo rojo de tres colores, semejantes á los de la cama, colgaban ante las ventanas del primer piso: en el bajo había colgaduras de tapicería. Todo el invierno la casita de Cosette estaba caldeada de arriba abajo. Juan Valjean habi-